

ne, queriendo concentrar la guerra hacia donde él estaba, no hizo más que provocar inútilmente una declaración de la Dieta imperial, é irritar la vanidad del rey de Prusia incitándole á consolidar más la coalición. Beurnonville, reducido á sus propias fuerzas, no pudo apoderarse de Tréveris, y el enemigo se mantuvo á la vez en este electorado y el ducado de Luxemburgo. En tal estado de cosas, si Dumouriez hubiera avanzado hacia el Rhin, quedaba descubierto su flanco derecho y la retaguardia, y por otra parte, atendida la situación de su ejército, no le habría sido imposible invadir el inmenso país que se extiende desde el Mosa hasta el Rhin y las fronteras de Holanda, país difícil, sin medios de transporte, cortado por bosques y montañas y ocupado por un enemigo todavía respetable. Ciertamente si Dumouriez hubiera contado con medios, habría preferido hacer conquistas en el Rhin á presentarse en París para defender al rey, pues el celo por la monarquía, que se atribuyó en Londres para hacerse valer y que los jacobinos le imputaron en París para perderle, no era tanto que le indujera á renunciar á las victorias para ir á comprometerse en medio de las facciones de la capital. Sólo abandonó el campo de batalla porque ya no le era posible hacer nada en él, y porque deseaba terminar con su presencia cerca del gobierno las dificultades que le habían suscitado en Bélgica.

Ya se ha visto qué apuros iban á rodearle á consecuencia de su conquista. El país conquistado deseaba una revolución, pero no completa y radical como la de Francia; y Dumouriez, así por inclinación como por política y por razones de prudencia militar, debía pronunciarse naturalmente en favor de las tendencias moderadas de los países que iba ocupando. Ya le hemos visto en lucha para evitar á los belgas los inconvenientes de la guerra, para hacerles participar del beneficio que producían los abastecimientos y para insinuarles, más bien que imponerles, los asignados. Todo esto no le valió más que las invectivas de los jacobinos, y Cambón, preparando otra contrariedad para Dumouriez, al pedir el decreto del 15 de diciembre, había dicho en medio de ruidosos aplausos: «Es preciso declaramos *poder revolucionario* en todos los países donde entremos. Inútil es ocultarnos; los déspotas conocen nuestros deseos; conviene, pues, proclamarlos altamente ya que los adivinan, y tanto más cuanto que se puede reconocer su justicia. Es necesario que en cuantas partes entren nuestros generales proclamen la soberanía del pueblo, la abolición del feudalismo, del diezmo y de todos los abusos; que se disuelvan todas las autoridades antiguas, y que, bajo la dirección de nuestros generales, se planteen interiormente nuevas administraciones locales; que estas administraciones gobiernen el país y comuniquen los medios de formar Convenciones nacionales que decidan de su suerte; que inmediatamente se secuestren los bienes de nuestros enemigos, es decir, de los nobles, de los eclesiásticos, de las comunidades laicas ó religiosas, de las iglesias, etc., y que estos bienes se pongan bajo la salvaguardia de la nación francesa, para que se dé cuenta á sus administradores locales y sirvan de depósito á los gastos de la guerra, que deberán sostener en parte los países libertados, pues que esta guerra tiene por objeto este beneficio. Es preciso que después de la campaña se ajusten cuentas,

y si la república ha recibido en equipos más de lo que se deba para cubrir su alcance, pagará el exceso, ó se le devolverá á ella. Es preciso que nuestros asignados, fundados en la nueva distribución de la propiedad, sean recibidos en los países que se conquistan, y que su circulación se extienda lo mismo que los principios que los produjeron. Es necesario, por último, que el poder ejecutivo envíe comisionados para entenderse con esas administraciones provinciales, fraternizar con ellas, llevar las cuentas de la república y efectuar el secuestro decretado. Nada de revolución á medias: todo pueblo que no quiera lo que nosotros queremos aquí, será nuestro enemigo y merecerá ser tratado como tal. ¡Paz y fraternidad á todos los amigos de la libertad; guerra á los cobardes partidarios del despotismo; guerra á los palacios, paz á las cabañas!»

Estas disposiciones fueron confirmadas al punto por un decreto y puestas en ejecución en todas las provincias conquistadas. Acto continuo se diseminó por toda la Bélgica una nube de agentes elegidos por el poder ejecutivo entre los jacobinos. Las administraciones provinciales, fundadas bajo su influencia, fueron impelidas por ellos á la más exagerada demagogia, y el pueblo bajo, excitado por todos estos agentes contra las clases medias, cometía los mayores desórdenes. Era la anarquía del 93, que introducida progresivamente entre nosotros por cuatro años de disturbios, se producía allí de repente, pasándose del antiguo orden de cosas al nuevo sin transición alguna. Estos procónsules, revestidos de poderes casi absolutos, mandaban aprisionar y secuestrar hombres y bienes; sacaban las alhajas de las iglesias; y habían excitado el enojo de los infelices belgas, muy afectos á su culto, dando lugar sobre todo á muchas malversaciones. Formaron una especie de convenciones para decidir de la suerte de cada país, y bajo su despótica influencia votóse la anexión á Francia en Lieja, en Bruselas, en Mons, etc... Estas eran desgracias inevitables, y tanto mayores cuanto que se agregaba la violencia revolucionaria á la brutalidad militar para producir las. En aquellos desgraciados países se produjeron además divisiones de otro género. Algunos agentes del poder ejecutivo pretendieron avasallar á los generales que se hallaban en la extensión de su comisariato, y si éstos no eran jacobinos, como sucedía á menudo, resultaba un nuevo motivo de contienda y luchas que contribuían no poco á que fuese en aumento el desorden general. Indignado Dumouriez al ver comprometidas sus conquistas, sobre todo por la desorganización de su ejército y el odio que se inspiraba á los belgas, había tratado ya duramente á varios de estos procónsules, y fué á París á manifestar su indignación, con la viveza de su carácter y la altivez de un general victorioso que se creía necesario á la república.

Tal era nuestra situación en este teatro principal de la guerra. Custine, rechazado hasta Maguncia, murmuraba contra Beurnonville por su manera de acometer la tentativa contra Tréveris. Kéllermann se mantenía en los Alpes, en Chambéry y en Niza. Serván se esforzaba inútilmente para organizar un ejército en los Pirineos, y Mongé, tan débil con los jacobinos como Pache, había dejado que se introdujera el desorden en la administración de Marina. Era, pues, necesario fijar toda la atención pública en la defensa de las fronteras. Dumouriez

había pasado los últimos días de diciembre y el mes de enero en París, donde se comprometió por algunas palabras en favor de Luis XVI, por su ausencia de los jacobinos, donde se le anunciaba de continuo sin que pareciese nunca, y últimamente por sus relaciones con su antiguo amigo Gensonné. Había redactado cuatro memorias, una sobre el decreto del 15 de diciembre, otra sobre la organización del ejército, la tercera relativa á las provisiones y la última proponiendo el plan de campaña para el año que iba á comenzar. Al pie de cada una de estas memorias anunciaba su dimisión si se rehusaba admitir lo que él proponía.

Además de sus comités diplomático y militar, la Convención estableció un tercero, llamado *comité de defensa general*, encargó de ocuparse universalmente de cuanto interesaba á la defensa de Francia. Era muy numeroso y hasta podían asistir á sus sesiones todos los individuos de la Asamblea cuando lo tuvieran por conveniente. La idea que presidió á la formación era conciliar á los diputados de los partidos opuestos, tranquilizándoles sobre sus intenciones y haciéndolos trabajar juntos para la salvación común. Robespierre, irritado por la presencia de los girondinos, se presentaba pocas veces; pero estos últimos eran muy asiduos. Dumouriez comparció con sus proyectos; pero no fué siempre comprendido, desagradó á menudo por su altivez, y abandonó á la suerte las memorias que había escrito. Retiróse después á cierta distancia de París, poco dispuesto á dimitir el mando, aunque había amenazado con ello á la Convención, y esperó el momento de comenzar la campaña.

Se había despolarizado completamente en los jacobinos, y se le calumniaba todos los días en el diario de Marat por haber sostenido la semirrevolución en Bélgica, empleando una gran severidad contra los demagogos. Acusábanle de haber dejado escapar de Bélgica voluntariamente á los austriacos, y hasta se aseguraba públicamente que había abierto las puertas de Argona á Federico Guillermo, cuando hubiera podido derrotarle. Sin embargo, los individuos del consejo y de los comités que cedían menos ciegamente á las pasiones demagógicas, reconocían su utilidad y contemporizaban aún con él. Hasta el mismo Robespierre le defendía, atribuyendo todos los errores á sus supuestos amigos los girondinos. Gracias á esto, se pusieron de acuerdo para darle todas las satisfacciones posibles, aunque sin derogar los decretos acordados ni renunciar los principios rigurosos de la revolución. Entregaronle sus dos comisionados ordenadores, Malus y Petit-Jean; se le concedieron numerosos refuerzos, prometiéndole las provisiones necesarias, y se adoptaron sus ideas para el plan general de campaña; pero no se le hizo ninguna concesión en cuanto al decreto del 15 de diciembre y á la nueva administración del ejército. El nombramiento de su amigo Beurnonville para el ministerio de la Guerra fué otra ventaja, y pudo esperar de parte de la administración el mayor celo para proveerle de cuanto pudiera necesitar.

Por un momento creyó que Inglaterra le elegiría como mediador entre ella y Francia, y marchó á Amberes con esta esperanza halagüeña; pero la Convención, cansada de las perfidias de Pitt, según hemos visto, había declarado la guerra á Holanda é Inglaterra. Al hacerse

esta declaración estaba ya el general en Amberes; y he aquí lo que se resolvió, en parte, según sus planes, para la defensa del territorio. Convínose en aumentar los ejércitos hasta quinientos seis mil hombres, y se verá que eran pocos si se tiene en cuenta la idea que se había formado acerca del poderío de Francia y comparativamente al número á que se elevaron más tarde. Se debía estar á la defensiva al Este y al Mediodía, permanecer en observación á lo largo de los Pirineos y de las costas y desplegar toda la audacia de la ofensiva en el Norte, donde, según decía Dumouriez, «no era posible defenderse sino ganando batallas.» Para ejecutar este plan, ciento cincuenta mil hombres debían ocupar la Bélgica y cubrir la frontera desde Dunkerque hasta el Mosa; cincuenta mil guardarían el espacio comprendido entre el Mosa y el Sarre; ciento cincuenta mil se extenderían á lo largo del Rhin y de los Vosgos, desde Maguncia á Besanzón y á Gex, y últimamente, dejábase una reserva en Chalóns con el material necesario para dirigirse allí donde lo exigiera el caso. Guardarían á Saboya y Niza dos ejércitos de sesenta mil hombres cada uno, y los Pirineos otro de cuarenta mil, situándose en las costas del Océano y de Bretaña cuarenta y seis mil, parte de los cuales servirían para el embarque en caso necesario. De estos quinientos seis mil hombres, cincuenta mil eran de caballería y veinte mil de artillería. Este era el número de la fuerza proyectada; pero el de la efectiva, mucho menor, reducíase á doscientos setenta mil hombres, de los que se contaban cien mil en las diversas partes de Bélgica, veinticinco mil en el Mosela, cuarenta y cinco mil en Maguncia á las órdenes de Custine, treinta mil en el alto Rhin, cuarenta mil en Saboya y Niza y treinta mil cuando más en el interior. Para completar el número de hombres propuesto, la Asamblea decretó que se hiciera el reclutamiento entre los guardias nacionales; que todos los individuos de este cuerpo solteros, casados ó viudos sin hijos, quedaran á disposición del poder ejecutivo desde la edad de diez y ocho años á la de cuarenta y cinco. Añadió que se necesitaban aún trescientos mil hombres para resistir la coalición, y que no cesaría el reclutamiento hasta llegar á este número (decreto del 24 febrero). Al mismo tiempo dispuso la emisión de ochocientos millones en asignados y la corta de maderas en los bosques de Córcega para las construcciones marítimas.

Mientras se realizaban estos proyectos comenzáse la campaña con doscientos setenta mil hombres. Dumouriez tenía treinta mil sobre el Escalda y unos setenta mil sobre el Mosa. Invadir rápidamente la Holanda era un proyecto audaz que se agitaba en todos los espíritus y al que Dumouriez se veía impelido por la opinión general.

Propusieronse varios planes: el uno, imaginado por los batavos expatriados después de la revolución de 1787, consistía en invadir la Zelanda con algunos miles de hombres, apoderándose del gobierno que trataba de retirarse á este punto. Dumouriez fingió prestarse á este plan; mas parecióle estéril, porque era reducirse á la ocupación de una parte poco considerable de Holanda y de escasa importancia. El segundo plan, que era de Dumouriez, consistía en bajar al Mosa por Venloo hasta Grave, marchar desde aquí á Nimega y caer después sobre Amsterdam. Este proyecto hubiera sido el más

seguro si se hubiese podido prever el porvenir; pero una vez en Amberes, Dumouriez concibió un tercer plan más atrevido, más rápido, más conforme con el espíritu revolucionario y más fecundo en resultados decisivos si hubiera tenido buen éxito. Mientras que sus oficiales Miranda, Valence, Dampierre y otros bajarían por el Mosa, ocupando á Maestricht, cuya plaza no quiso tomar el año anterior, y de Venloo, que no debía resistir largo tiempo, Dumouriez se proponía marchar furtivamente con veinticinco mil hombres para situarse entre Berg-op-Zoom y Breda, llegar después á Moerdyck, cruzar el pequeño mar de Bielbos y correrse por las desembocaduras de los ríos hasta Leiden y Amsterdam. Este atrevido plan no era menos fundado que otros muchos que tuvieron el mejor éxito, y aunque expuesto, ofrecía, sin embargo, mayores ventajas que la de atacar directamente por Venloo y Nimega. Al tomar este último partido, Dumouriez atacaba de frente á los holandeses, quienes habían hecho ya todos sus preparativos entre Grave y Gorkum, y hasta les daba tiempo para reforzarse con ingleses y prusianos. Si pasaba, al contrario, por la desembocadura de los ríos, penetraría en el interior de Holanda, que no estaba defendida, y si conseguía vencer el obstáculo de las aguas, el país era suyo. Volviendo de Amsterdam, manteníase á la defensiva por la espalda y lo arrollaba todo entre él y sus oficiales, que debían reunírsele por Nimega y Utrecht.

Era natural que tomase personalmente el mando del ejército de operaciones, porque con éste era principalmente necesaria la prontitud, audacia y destreza. El proyecto ofrecía el peligro de todos los planes de ataque, cual era exponerse á la invasión enemiga al descubrirse, puesto que el Mosa quedaba abierto para los austriacos; pero en el caso de una ofensiva recíproca, la ventaja está para aquel que mejor resiste el peligro y cede menos pronto al terror de la invasión.

Dumouriez envió al Mosa á Thouvenot, en el cual tenía la mayor confianza; participó á sus oficiales Valence y Miranda los proyectos que hasta entonces les había ocultado; encargóles que acelerasen los sitios de Maestricht y de Venloo, y en caso de tardanza que se relevasen delante de estos puntos, de modo que progresaran siempre hacia Nimega. Recomendóles además que fijaran puntos de unión entre Lieja y Aquisgrán, á fin de reunir los cuarteles dispersos y oponer resistencia al enemigo si llegaba con fuerzas suficientes para interrumpir los sitios que debían efectuarse sobre el Mosa.

Dumouriez marchó al punto de Amberes con diez y ocho mil hombres reunidos apresuradamente, y dividió su reducido ejército en varios cuerpos, que tenían orden de intimar la rendición á las diversas plazas fuertes, aunque sin detenerse á poner sitio. Su vanguardia se apoderaría de todos los barcos y medios de transporte, mientras que él, con el grueso de las tropas, se situaba en un punto donde pudiera socorrer á sus oficiales cuando lo necesitaran. El 17 de febrero de 1793 penetró en el territorio holandés, publicando una proclama en la cual prometía amistad á los batavos y guerra sólo al estatúder y á la influencia inglesa. Avanzóse dejando al general Leclerc delante de Berg-op-Zoom; el general Bernerón marchó hacia Klundert y Willemstadt, y dióse al excelente ingeniero d'Arzón el encargo de simular un

ataque contra la importante plaza de Breda. Dumouriez se hallaba con la retaguardia en Sevenberghe. El general Bernerón se apoderó el 25 del fuerte de Klundert, dirigiéndose á Willemstadt. El general d'Arzón lanzó algunas bombas sobre Breda: esta plaza tenía fama de ser muy fuerte y había en ella bastante guarnición, pero mal dirigida; de modo que á las pocas horas se rindió á los sitiadores, cuyo número no era mayor que el de los sitiados. Los franceses penetraron en Breda el 27, y apoderáronse de un considerable material de guerra, consistente en doscientos cincuenta cañones, trescientos mil quintales de pólvora y cinco mil fusiles. Después de haber dejado guarnición en Breda, el general d'Arzón se dirigió el 1.º de marzo á Gertruydenberg, plaza muy fuerte también, y apoderóse el mismo día de todas las obras avanzadas. Dumouriez había marchado á Moerdyck y reparaba la tardanza de su vanguardia. Esta serie de sorpresas tan felices contra plazas capaces de oponer una larga resistencia hacía realzar más el triunfo al principio de la empresa; pero imprevistas tardanzas contrariaban el paso de los brazos de mar, operación la más difícil del proyecto. Dumouriez había esperado primeramente que su vanguardia, procediendo con mayor rapidez, cruzaría el Bielbos con el auxilio de algunos barcos, ocuparía la isla de Dort, guardada cuando más por algunos centenares de hombres, y apoderándose de una numerosa flotilla, la llevaría á la ribera opuesta para transportar el ejército. Inevitables dilaciones impidieron la ejecución de esta parte del plan, y Dumouriez trató de suplir á ella apoderándose de todos los barcos que pudiese hallar y reuniendo carpinteros para formar una flotilla. Sin embargo, era preciso apresurarse, porque el ejército holandés se concentraba en Gorkum, en el Stry y en la isla de Dort; algunas chalupas enemigas y una fragata inglesa amenazaban su embarque, cañoneando su campamento, al que dieron nuestros soldados el nombre de *Campamento de los Castores*. En efecto, habían construido chozas de paja, y estimulados por la presencia de un general, arrostraban el frío, las privaciones, los peligros y el porvenir de tan ardua empresa, esperando impacientemente el momento de pasar á la opuesta orilla. El 3 de marzo llegó el general Deflers con una nueva división; el 4 abrió sus puertas Gertruydenberg, y preparóse todo para efectuar el paso del Bielbos.

Entretanto continuaba la lucha entre los dos partidos del interior. La muerte de Lepelletier había dado motivo á los montañeses para decir que sus personas estaban amenazadas, y no se pudo rehusarles el restablecimiento del comité de vigilancia en la Asamblea. Este comité se compuso de montañeses, cuya primera diligencia consistió en arrestar á Gorsas, diputado y periodista afecto á los intereses de la Gironda. Los jacobinos habían obtenido además otra ventaja, cual era la suspensión de las persecuciones decretadas el 20 de enero contra los septembristas. Apenas comenzada la indagación, descubriéronse pruebas abrumadoras contra los principales revolucionarios y hasta contra el mismo Dantón. Entonces pronunciáronse los jacobinos contra la medida, sosteniendo que todo el mundo fué culpable en aquellas jornadas, porque todas las creyeron indispensables y las toleraron; atreviéronse á decir que el mal estuvo en no completarlas; y pidieron la suspensión

de los procedimientos que se empleaban en atacar á los más puros revolucionarios. Satisfaciendo á sus demandas, suspendiéronse las diligencias, ó mejor dicho, se suprimieron, y sin perder momento se dirigió al ministro de Justicia una diputación de jacobinos, á fin de invitarle á despachar correos extraordinarios para prohibir la persecución ya comenzada contra los *hermanos de Meaux*.

Ya hemos visto que Pache se había visto precisado á dejar el ministerio y que Roland dimitió voluntariamente. Esta mutua concesión no fué suficiente para calmar los odios. Los jacobinos, poco satisfechos, pedían que se instruyese el proceso de Roland; aseguraban que había substraído al Estado sumas enormes, colocando más de doce millones en Londres; que sus riquezas se empleaban en pervertir la opinión por escritos y en excitar sediciones por el hecho de acaparar los granos. Querían que se procediese también contra Claviere, Lebrún y Beurnonville, todos traidores, según decían, y cómplices de las intrigas de los girondinos. Al mismo tiempo preparaban una indemnización en extremo ventajosa para el amigo depuesto. Chambón, sucesor de Petión en el corrégimiento de París, había renunciado á su cargo por ser éste superior á sus fuerzas: los jacobinos pensaron al punto en Pache, en quien hallaron el carácter juicioso é impasible de un magistrado; aplaudiendo la idea, comunicáronla al Ayuntamiento, á las secciones y á todos los clubs; y los parisienses, impulsados por los hombres del partido, vengaron á Pache de su desgracia, nombrándole corregidor. Si Pache se mostraba tan dócil en su nuevo cargo como en el ministerio de la Guerra, la dominación de los jacobinos quedaba asegurada en París, y en esta elección habían consultado tanto su utilidad como sus pasiones.

La dificultad de obtener subsistencias y los apuros del comercio eran siempre motivo de continuos desórdenes y de quejas; y desde diciembre á febrero había aumentado el mal considerablemente. El temor á los trastornos y al pillaje, la repugnancia que oponían los cultivadores á recibir papel, y la subida de precios por efecto de la gran abundancia de numerario ficticio, eran, como hemos dicho ya, las causas que impedían el fácil comercio de granos, produciendo la escasez. Sin embargo, los esfuerzos administrativos de las municipalidades suplían hasta cierto punto á la actividad del comercio, y no faltaban los comestibles en los mercados, pero vendíanse á un precio exorbitante. El valor de los asignados disminuía diariamente en proporción á su número, necesitándose siempre más para adquirir la misma suma de objetos, y así era como subían los precios. No recibiendo el pueblo sino el valor nominal de su trabajo, érale imposible cubrir sus necesidades, y prorrumplía en quejas y amenazas. No era el pan la única cosa cuyo precio aumentaba excesivamente: el azúcar, el café, las velas y el jabón tenían doble valor. Las lavanderas fueron á quejarse á la Convención de que pagaban el jabón á treinta suéldos (seis reales), cuando antes costaba sólo catorce. Inútilmente se decía al pueblo que aumentase el precio de su trabajo para restablecer la proporción entre sus jornales y el consumo; no podía concertarse para conseguirlo, y gritaba contra los ricos, los monopolizadores

y la aristocracia mercantil, pidiendo por último el medio más sencillo, la tasa forzosa y el *maximum*.

Los jacobinos y los individuos del Ayuntamiento, que eran pueblo con relación á la Asamblea, pero corporaciones casi ilustradas respecto al pueblo mismo, reconocían los inconvenientes de la tasa, y aunque más inclinados que la Convención á admitirla, resistían no obstante cuanto les era posible. En los jacobinos se oía diariamente á Dubois de Crancé, á los dos Robespierre, á Thuriot y á otros montañeses clamar contra los proyectos del *maximum*. Chaumette y Hebert hacían lo mismo en el Ayuntamiento; pero las tribunas murmuraban, contestando algunas veces con silbidos. Las diputaciones de las secciones iban con frecuencia á reconvenir al Ayuntamiento por su moderación y su connivencia con los monopolizadores. En las juntas de las secciones era donde se reunían las clases más ínfimas de los trastornadores, y reinaba allí un fanatismo revolucionario mucho más ignorante y arrebatado que en el Ayuntamiento y los jacobinos. Coligados con los franciscanos, entre quienes se reunían todos los hombres de acción, las secciones eran la causa de todos los trastornos de la capital. Su inferioridad moral y su obscuridad les exponían á más agitaciones, induciéndolas también á fraguar unas tramas en sentidos contrarios; y allí era donde osaban mostrarse aún los restos de la aristocracia, haciendo algunas tentativas de resistencia. Los antiguos protegidos de la nobleza, los criados de los emigrados y todos los ociosos turbulentos que entre las dos causas opuestas habían preferido la de la aristocracia, se dirigían á las secciones donde una honrada clase media perseveraba en favor de los girondinos, y ocultábanse detrás de esta oposición razonable y sabia para combatir á los montañeses, trabajando en favor del extranjero y del antiguo régimen. En estas luchas solía retirarse muy á menudo la clase media honrada, quedando las dos opuestas de agitadores, que se combatían en aquella región inferior con espantosa violencia. Diariamente ocurrían escenas horribles con motivo de peticiones que se debían hacer al Ayuntamiento, á los jacobinos ó á la Asamblea; y según el resultado de la lucha, de aquellas borrascosas sesiones salía alguna exposición contra septiembre y el *maximum*, ó contra los demandantes, los aristócratas y los agiotistas.

El Ayuntamiento rechazaba las peticiones incendiarias de las secciones, recomendándolas que desconfiaran de los agitadores secretos que se proponían introducir el desorden: desempeñaba, respecto á ellas, las mismas funciones que la Convención con él. No teniendo los jacobinos, así como el Ayuntamiento, determinados cargos que ejercer, ocupábanse en cambio en discutir sobre todos los asuntos; tenían grandes pretensiones filosóficas, y aspiraban á comprender la economía social mejor que las secciones y el club de los franciscanos. Afectaban, pues, no participar en muchas cosas de las pasiones vulgares de aquellas asambleas subalternas, y condenaban la tasa como peligrosa para la libertad de comercio. Sin embargo, para substituir con otro medio el que ellos rechazaban, proponían que se tomasen los asignados á la par, castigando con la muerte á quien rehusara recibirlos por el valor que expresaban, como si no hubiera sido esto una manera

distinta de atacar la libertad de comercio. Querían además que se conviniesen todos en no tomar azúcar y café, para que bajase forzosamente el precio; además de esto imaginaron suspender la admisión de asignados, supliendo á éstos por medio de empréstitos sobre los ricos, empréstitos forzosos repartidos según el número de criados, caballos, etc... Todas estas proposiciones no impedían que el mal se acrecentase hasta ser ya inevitable la crisis. Mientras llegaba el momento de que estallase, reconveníanse recíprocamente las desventuras públicas, acusábase á los girondinos de entenderse con los ricos y los acaparadores para que el pueblo padeciese hambre é inducirle á los motines y también á fin de proponer nuevas leyes marciales; hasta se les acusó de querer atraer al enemigo por los desórdenes, cargo absurdo, pero que llegó á ser mortal. Los girondinos, contestando con las mismas acusaciones, atribuían á sus adversarios la causa de la escasez y de los disturbios, por los temores que inspiraban al comercio, acusándoles de que trataban de crear la anarquía por medio de los trastornos, aprovecharse luego de ella para subir al poder, y facilitar acaso la dominación extranjera.

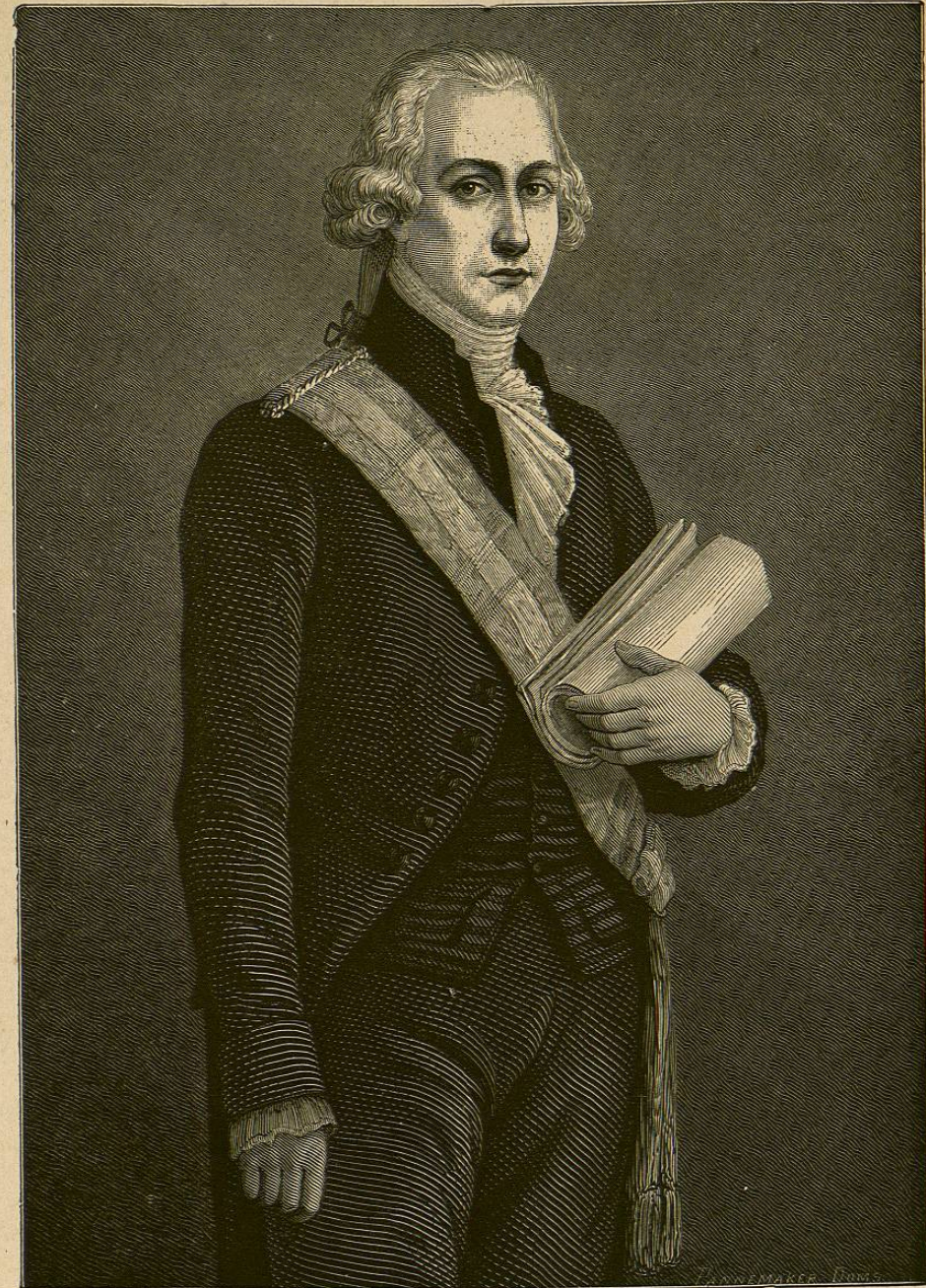
Aproximábanse ya los últimos días de febrero y la dificultad de adquirir comestibles fué causa de que el pueblo llegara al último grado de irritación. Las mujeres, aparentemente más sensibles en esta clase de privaciones, se hallaban poseídas de la mayor agitación, y el 22 se presentaron en los jacobinos, pidiendo que se las dejase la sala, donde querían deliberar sobre la carestía de las subsistencias, preparando una petición á la Convención Nacional. Como se sabía que el objeto era proponer el *máximo*, negóse la demanda, y entonces las tribunas trataron á los jacobinos como éstos habían tratado algunas veces á la Asamblea. ¡*Mueran los agitistas!*, ¡*mueran los ricos!*, comenzaron á gritar por todas partes. El presidente creyó necesario cubrirse para apaciguar el tumulto, y explicóse esta falta de respeto diciendo que había en el salón de las sesiones aristócratas disfrazados. Robespierre y Dubois de Crancé se pronunciaron de nuevo contra el proyecto de la tasa, recomendando al pueblo que permaneciese tranquilo para no dar á sus adversarios el pretexto de calumniarle, facilitando un motivo para expedir leyes sanguinarias.

Marat, que tenía la pretensión de imaginar todos los medios más sencillos y rápidos, escribió en su diario de la mañana del 25 que jamás cesaría el monopolio si no se empleaban medios más seguros que todos los propuestos hasta entonces. Reclamando contra los *monopolizadores, los comerciantes de lujo, los zurcidores de enredos, los golillas y los ex nobles*, á quienes los infieles mandatarios del pueblo excitaban al crimen por la impunidad, añadía: «En todo país donde los derechos del pueblo no fueron vanos títulos, fastuosamente consignados en una simple declaración, el saqueo de algunos almacenes, á cuyas puertas se ahorcase á unos cuantos de los que acaparan, pondría fin muy pronto á estas malversaciones, que reducen á cinco millones de hombres á la desesperación, siendo la causa de que perezcan miles en la miseria. ¿No sabrán los diputados del pueblo hacer nunca otra cosa sino charlar sobre sus males sin buscar el remedio?» (*Diario de la República*, número del 25 de febrero de 1793.)

Estas palabras escribía aquel loco orgulloso en la mañana del 25; ya fuese porque impresionaran verdaderamente al pueblo, ó porque no se pudiera contener la irritación, que llegaba á su colmo, reuniéronse tumultuosamente muchas mujeres delante de las tiendas de comestibles, pidiendo á gritos la reducción. El Ayuntamiento no había sido avisado; el comandante Santerre se hallaba en Versalles organizando un cuerpo de caballería, y no se había dado orden alguna para que la fuerza pública se pusiera en movimiento; de modo que los perturbadores, no hallando obstáculo, pudieron pasar de las amenazas á las violencias y al saqueo. Los grupos comenzaron á formarse en las calles de la antigua Casa de la Moneda, de los Cinco Diamantes y de los Lombardos. Exigióse primero que todos los artículos se cedieran á la mitad de precio, el jabón á diez sueldos, el azúcar blanco á veinticinco, el terciado á quince, y las velas á trece. Muchos comestibles fueron arrancados forzosamente á este precio, pagándose su importe á los dueños de las tiendas; pero luego no se quiso ya abonar el valor y se tomaron las mercancías sin dar nada. Habiendo acudido alguna fuerza, se la rechazó en algún punto, y comenzó á gritar: ¡*Abajo las bayonetas!* La Asamblea, el Ayuntamiento y los jacobinos estaban en sesión; en la primera leíase un informe sobre este mismo asunto, en el cual demostraba el ministro de la Gobernación que abundaban los comestibles en París, y que el mal provenía de la desproporción entre el valor del numerario y el de los mismos artículos. La Asamblea, deseando salvar las dificultades del instante, pidió nuevos fondos al Ayuntamiento para facilitar las subsistencias á más bajo precio; y esta corporación, participando de sus mismos sentimientos y de su celo, pedía un informe de lo ocurrido, dictando varias providencias de seguridad. A cada nuevo hecho que se anunciaba, gritábase en las tribunas: ¡*Mejor!*, y á cada medio propuesto oíase exclamar: ¡*Fuera!* Chaumette y Hebert fueron silbados por haber propuesto que se tocara generala y se hiciera venir á la fuerza armada; pero al fin se acordó que fueran á restablecer el orden dos fuertes putrillas precedidas de dos oficiales del Ayuntamiento, y que otros veintisiete oficiales se encargasen de llevar proclamas á las secciones.

El desorden se había propagado; saqueábase en diversas calles, y se propuso pasar de las tiendas de comestibles á las de otros comerciantes. Hombres de todos los partidos aprovechaban la ocasión de reconvenirse mutuamente por aquel desorden y los males que se originaban. «Cuando teníais un rey, decían en las calles los partidarios del régimen abolido, no estabais obligados á pagar las cosas tan caras ni expuestos de tal modo al pillaje.—¡He aquí, decían los partidarios de los girondinos, adónde nos conducirá el sistema de la violencia y la impunidad de los excesos revolucionarios!»

Los montañeses veían con mayor sentimiento lo que sucedía, y aseguraban que eran aristócratas disfrazados, lafayetistas y rolandistas los que en los grupos excitaban al pueblo al pillaje, añadiendo que habían visto entre la multitud señoras de alto rango, caballeros distinguidos y criados de los grandes señores que distribuían asignados para inducir al pueblo á saquear las tiendas. Por último, al cabo de algunas horas se pudo



PACHE